



**Catequesis de Cuaresma de
S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana**

**S.M.I. Catedral de La Habana,
13 de marzo de 2015.**

Cuarta catequesis: “Pecado y salvación”.

Desde el relato del primer pecado de Adán y Eva en el Paraíso, vimos cómo la Palabra de Dios revelada en la Biblia nos muestra que una vez introducido el pecado en el mundo no podía menos que proliferar: Caín mata a su hermano Abel, los hombres caen en costumbres perversas y Dios envía el diluvio, quieren construir una torre que sea signo de su autosuficiencia y se les confunden las lenguas y surgen las divisiones y las luchas entre unos y otros.

La iniciativa de romper con Dios vino del hombre; pero es evidente que la iniciativa de la reconciliación sólo podría venir de Dios.

Pero precisamente desde este primer relato Dios deja entrever que un día Dios tomará él mismo la iniciativa:

“El Señor Dios dijo a la serpiente: Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza, cuando tú la hieras en el talón” (Gn 3, 15).

La bondad de Dios, que el hombre ha despreciado acabará por imponerse: “vencerá el mal con la fuerza del bien”.

El pecador no puede ofender a Dios en sí mismo, no puede herirlo. La Biblia tiene bien clara la trascendencia de Dios y nos lo recuerda. Así el profeta Jeremías nos dice, hablando en nombre de Dios: *“Hacen ofrendas a dioses extraños para herirme, ¿pero es acaso a mí a quien hieren? Oráculo de Yahvé ¿no es más bien a sí mismos para su propia confusión?”* (Jer 7, 19).

Dice el libro de Job: *“Si pecas ¿qué le haces? Si multiplicas tus ofensas ¿le haces algún daño?”* (Job 35, 6). Es decir, pecando contra Dios el hombre sólo logra destruirse a sí mismo. Si Dios nos prescribe leyes, no es en su interés, sino en el nuestro a fin de que seamos todos felices y vivamos (Cf. Dt 6, 24).

Ahora bien, nuestro Dios, el Dios de la Biblia, no es el Dios de Aristóteles, indiferente al hombre y al mundo.

- Es verdad que nuestros pecados personales no hieren a Dios en sí mismo, pero lo hieren de algún modo en la medida que afectan a quien Dios ama, sea la propia persona que peca, sea otro.

Recordemos el pecado de David: puso a Urías en la zona de peligro de la batalla para que lo mataran y quedarse con su mujer, y así fue. David imaginaba que sólo había ofendido a un hombre, que además era un extranjero. Pero el profeta Natán le hace

comprender que ha despreciado a Dios que vela con amor sobre toda persona humana (Cf. 2 Sam 11, 1-27; 12, 1-15).

- En el pecado colectivo del pueblo, cuando olvida la Alianza y da culto a otros dioses y hace pactos con otros pueblos, ese pecado crea un abismo de separación entre Dios y su pueblo. Y así el profeta Jeremías hablando en nombre de Dios dice: *“Mi pueblo ha cambiado su gloria por la impotencia. Me ha abandonado a mí, fuente de agua viva, para hacerse cisternas agrietadas que no conservan el agua”* (Jer 2, 11ss).
- A medida que la revelación bíblica vaya descubriendo las profundidades de este amor de Dios va comprendiendo en qué sentido el hombre “ofende” a Dios con el pecado. Aparecen las comparaciones con las relaciones interpersonales en nuestra vida. Y se habla del pecado como una ingratitud de un hijo para con su Padre amantísimo. Por su parte se presenta Dios mismo como Padre y Madre: *“¿Puede una madre olvidarse del fruto de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide yo no me olvidaré de ti (dice el Señor)”* (Is 49, 15).

Se habla así del Pueblo de Israel como de la esposa que se prostituye al primero que pasa y que se muestra indiferente al amor siempre fiel de su esposo: *“¿Has visto lo que ha hecho Israel, la rebelde?”* Yo pensaba: *“Después de haber hecho todo esto volverá a mí”*, pero no ha vuelto. *“Vuelve, vuelve, yo no tendré para ti un rostro duro, porque soy misericordioso”*. Al mismo tiempo que el Pueblo de Dios va descubriendo el abismo del amor divino, comprende cuál es la maldad del pecado y se convence de que sólo Dios mismo puede borrar el pecado del corazón humano con su poder y en su oración le pide a Dios que lo purifique, que lo limpie del pecado. Así en el Salmo 51:

*“Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado”*.

Se ve en el salmo que es Dios quien puede lavar, limpiar, purificar mi alma. Se le pide a Dios que intervenga. Y el mismo salmista que confiesa su pecado y le pide a Dios que lo lave, le dice también:

*“Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme”*.

Porque está persuadido que para verse liberado del pecado, su purificación reclama una intervención estrictamente divina, análoga al acto creador: *“Crea en mí un corazón puro”*. Y finalmente el Antiguo Testamento anuncia que esta transformación interior del hombre, que lo arranca de su pecado, se llevará a cabo gracias a la ofrenda sacrificial de un siervo misterioso que el profeta anunciaba.

El Pueblo de Dios esperaba, pues, que Dios enviara un salvador. En el tiempo del exilio el pueblo tan sufrido, pensó que Dios enviaría un salvador, que lo librara de tantos males y sobre todo de la causa de todos aquellos males: el gran pecado de haber abandonado a Dios, de haberle sido infiel. Y el profeta Isaías le anuncia que vendrá un enviado de Dios. Este será como un profeta al que Dios da el nombre de “su siervo”.

1. Su paciencia:

*“Ofrecí la espalda a los que me golpeaban,
las mejillas a los que mesaban mi barba;
no escondí el rostro ante los ultrajes y salvajes” (Is 50, 6).*

2. Y su humildad:

*“Maltratado, voluntariamente se humillaba
y no abría la boca:
como cordero fue llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador,
enmudecía y no abría la boca” (Is 53, 7).*

3. Lo hacen capaz de ofrecer su vida y de realizar por su sufrimiento el designio de Yahvé:

*“El soportó nuestros sufrimientos
y aguantó nuestros dolores;
nosotros lo estimamos leproso,
herido de Dios y humillado;
pero él fue traspasado por nuestras rebeliones,
triturado por nuestros crímenes.
Nuestro castigo saludable cayó sobre él,
sus cicatrices nos curaron...
y el Señor cargó sobre él
todos nuestros crímenes...
como cordero fue llevado al matadero,
como oveja ante el trasquilador,
enmudecía y no abría la boca...
Lo arrancaron de la tierra de los vivos,
por los pecados de mi pueblo lo hirieron...
El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento,
y entregar su vida como expiación:
verá su descendencia, prolongará sus años,
lo que el Señor quiere prosperará por su mano” (Is 53, 4-10).*

4. Y de purificar a los pecadores de todas las naciones:

*“Por los trabajos de su alma verá la luz,
el justo se saciará de conocimiento.
Mi siervo justificará a muchos,
porque cargó con los crímenes de ellos...
él tomó el pecado de muchos
e intercedió por los pecadores” (Is 53 11-12).*

El pueblo de Israel se sentía necesitado de salvación.

Salvación es una palabra que puede entenderse en diferentes sentidos, por ejemplo: conseguir una gran meta espiritual, salud física, liberación nacional, justicia social.

Pero el Pueblo de Dios entendía que Dios lo había salvado cuando lo rescató de la esclavitud de Egipto y destruyó a sus enemigos y cuantas veces intervino en batallas o en situaciones difíciles, para rescatarlo de una situación adversa que amenace su existencia.

En esas acciones salvadoras se muestra el poder de Dios que obra lo que el hombre por sí solo no puede hacer. Entre esas situaciones que reclaman la intervención de Dios para superarse está el pecado.

Cuando aparece Jesús en el comienzo de su predicación, Juan el Bautista, que estaba anunciando la llegada del Mesías, el enviado de Dios, vio pasar a Jesús y lo señala diciendo: *“Este es el cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo”* (Jn 1, 29). En sus palabras presenta a Jesús con el poder de quitar pecados y lo presenta también como el cordero del sacrificio que se ofrecería para quitar ese pecado. Como el cordero llevado al sacrificio sin abrir la boca de que nos habla el poema del siervo sufriente.

Cuando a Jesús, que estaba predicando y curaba a muchos enfermos, le llevaron a un paralítico para que lo curara, el verlo dijo:

“Tus pecados te son perdonados”

y entonces los presentes comenzaron a decir:

“Esto es inaudito, ¿quién es éste para perdonar pecados? Sólo Dios perdona los pecados”.

Entonces Jesús respondió:

“¿Por qué piensan eso? ¿Qué es más fácil: decir al paralítico “tus pecados te son perdonados”, o decir “levántate, coge la camilla y echa a andar”? Pues, para que comprendan que el Hijo del Hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados - dice al paralítico-: “Te digo: levántate, coge tu camilla y vete a tu casa”. Se levantó, cogió la camilla y salió a la vista de todos” (Cf. Mc 2, 1-12).

Jesús se mostró con un poder sobrenatural en la curación del paralítico para hacer ver a los circundantes que tenía también el poder de perdonar pecados, como el mismo Dios.

Pero Jesús no usó su poder soberano de manera espectacular para borrar los pecados de la humanidad entera. Dios no solamente es quien puede tomar la iniciativa de perdonar los pecados pues es el ofendido, sino que tendrá un modo de hacerlo que El, paradójicamente, escogerá: No será un modo que muestre sólo su omnipotencia, sino su misericordia.

Una vez que se introdujo el pecado en el mundo, Dios, al escoger para sí el pueblo hebreo, como pueblo elegido de Dios, le da a este pueblo, que El ha separado de los demás pueblos, una Ley revelada por Dios mismo a Moisés para que su pueblo, pecador como todos los pueblos de la tierra, conociera cuál era el camino del bien. Pero esta ley santa y espiritual no le daba al hombre la fuerza para vencer el mal y practicar el bien; sino sólo el conocimiento del bien.

La carta a los Hebreos nos presenta el sufrimiento de este pueblo en su historia:

“Hubo mujeres que recobraron resucitados a sus muertos. Pero otros fueron torturados hasta la muerte, rechazando el rescate, para obtener una resurrección mejor. Otros pasaron por la prueba de las burlas y los azotes, de las cadenas y la cárcel; los apedrearon, los aserraron, murieron a espada, rodaron por el mundo vestidos de pieles de ovejas y de cabra, faltos de todo, oprimidos, maltratados -el mundo no era digno de ellos-, vagabundos por desiertos y montañas, por grutas y cavernas de la tierra” (Heb 11, 35-38).

El pueblo ansiaba verse liberado de tantos males y esperaba que Dios le enviara un Mesías, que quiere decir “uno que los salvará” de esos males, y no olvidemos que en la conciencia del pueblo estaba claro que el pecado es la raíz de todos los males. Finalmente, después de lenta espera, vemos cómo nos presenta al Mesías tan ansiado la carta a los Hebreos:

“En muchas ocasiones y de diversos modos, después de haber hablado a nuestros padres por medio de los profetas, en estos últimos tiempos Dios nos ha hablado por medio de su Hijo, que ha constituido heredero de todas las cosas, por medio del cual ha creado también al mundo” (Heb 1, 1-3).

“Llegada pues la plenitud de los tiempos Dios envió a su Hijo al mundo, nacido de una mujer” (Gal 4, 4). *“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”* (Jn 1, 14)

“Entrando en el mundo, (Cristo) dice: ‘Tú no quieres sacrificio ni oblación, en cambio me has preparado un cuerpo. El holocausto y el sacrificio por los pecados no te satisfacen. Entonces yo dije; Aquí estoy -como está escrito en el libro- para hacer tu voluntad’ (Heb 10, 5-7).

Y así el sacrificio voluntario de Cristo en esta tierra no es más que el cumplimiento de aquel decreto de Dios, que aparece anunciado en el libro del Génesis después del primer pecado, a modo de promesa de un salvador, en la maldición de la serpiente:

“Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y su descendencia; esta te aplastará la cabeza, cuando tú la hieras en el talón” (Gn 3, 15).

El “nacido de mujer” ha vencido, y vencerá el mal y el pecado, no por medio “de la sangre de toros ni de machos cabríos”, como los sacrificios que no pueden salvar y que Dios no acepta, sino por su propia sangre derramada en la Cruz.

Quiso, pues, Dios Padre, en su infinita misericordia, salvar al mundo por medio de su Hijo: Dios como El y hombre como nosotros.

De este modo Dios no perdonaba desde lo alto, con su poder, desde su grandeza, sino que quiso hacerse hombre, cargar con la miseria humana, con todas las consecuencias del pecado. Llevar todo eso al sacrificio de la Cruz y muriendo como hombre, resucitó como Dios-hombre.

Es el Siervo sufriente que carga con nuestros males: *“Lo vimos herido y humillado... y eran nuestros males los que él llevaba”* (Is 53, 4-5) *“Pero mi siervo justificará a muchos”* (Is 53, 11).

Admirablemente lo dice el himno con que Pablo inicia la carta a los Efesios:

“Jesucristo, siendo de condición divina, no hizo alarde de su categoría de Dios, sino que se despojó de su rango, pasando por uno de tantos y así, considerado como un hombre cualquiera se sometió a la muerte y a una muerte de Cruz”

“Y por eso Dios lo ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre. De modo que al nombre de Jesucristo toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo y toda lengua proclame: Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre” (Fil 2, 6-11).

¿Por qué Dios escogió este modo de salvarnos? ¿Por qué escogió el sacrificio y la muerte? Para ser en todo como nosotros, para que nosotros, sus criaturas, pudiéramos sentir compasión de Dios, nuestro CREADOR. Dios obra así, por amor a nosotros, amor inexplicable que es parte esencial del misterio de Dios: *“Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo”* (Jn 3, 16).

-Servicio de noticias-
Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2015©
Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original